

## XLVIII.

A la cumbre subí, y ardió en mi pecho  
 Sentimental locura:  
 —Si un pájaro yo fuese,—  
 Exclamé suspirando con ternura;

Si fuera yo la golondrina errante,  
 Hacia tí volaría,  
 Y mi pequeño nido  
 De tu ventana en la cornisa haría.

Hacia tí volaría niña hermosa,  
 Si fuera ruisñor,  
 Y en la enramada oyeras  
 De noche las canciones de mi amor.

Y si un canario fuese, también, loco,  
 Hacia tu corazón volando fuera,  
 Que sé, mi bien, que los canarios amas,  
 Y que te alegra su canción parlera.

---

## XLIX.

Lloraba porque en sueños  
 Te contemplaba muerta;  
 Despierto al fin me ví, copioso llanto  
 Surcaba ardiente mis mejillas yertas.

Lloraba porque en sueños  
 Ví que me abandonabas;  
 Después de despertar, aun mucho tiempo  
 Vertí en silencio lágrimas amargas.

Lloraba porque en sueños  
 Miré que aun me querías;  
 Desperté, y el torrente de mis lágrimas  
 Aun corre por mis pálidas mejillas.

---

## L.

Todas las noches, en mis tristes sueños,  
Sonriendo te miro,  
Y caigo, amante, suspirando loco  
Ante tus pies queridos.

Me miras con tristeza, sacudiendo  
Tu cabecita rubia,  
Y por tus ojos de tu amargo llanto  
Corren las perlas húmedas.

Y me dices muy bajo una palabra,  
Y de rosas me entregas blanco ramo,  
Y al despertar el ramo ya no existe  
Y la palabra aquella he olvidado.

---

## LI.

Revuelve el viento la lluvia  
De la noche entre las sombras:  
¿Qué hará el ángel de mi vida?  
¿Qué hará mi amor á estas horas?

Yo la veo en su ventana  
Llenos los ojos de llanto,  
Sus pupilas celestiales  
En las tinieblas clavando.

---

## LII

La selva azota viento penetrante;  
 Muda la noche tiende su sudario;  
 En capa gris envuelto, palpitante  
 Cruzo á caballo el bosque solitario.

Mis locos pensamientos bulliciosos  
 A mi corcel le sirven de avanzada,  
 Y ligeros me llevan, y gozosos,  
 Hasta el rico palacio de mi amada.

Ladran los perros con inquieto brío;  
 Con antorchas los pajes aparecen;  
 Subo, y sobre el marmóreo graderío  
 Mis espuelas sonando se estremecen.

En cámara de luces adornada,  
 Entre un ambiente tibio y perfumado,  
 Mi dulce bien espera mi llegada,  
 Y entre sus brazos caigo enamorado.

En tanto, el viento lúgubre murmura  
 Entre las ramas de la vieja encina:  
 «¿Dónde vas, paladín de la locura?  
 ¿Dónde tu loco sueño te encamina?»

## LIII.

De su luciente morada  
Se ha desprendido una estrella;  
El astro de los amores  
Que desciende hasta la tierra.

De los bosques se desprenden  
Blancas flores y hojas secas,  
Que arrastran regocijados  
Los vientos en su carrera.

Canta el cisne en el estanque  
Y de la orilla se aleja;  
Calla su voz, y en las aguas  
Su fosa líquida encuentra.

Huyeron hojas y flores;  
Todo es silencio y tinieblas;  
El astro se hundió en el polvo;  
La voz de cisne no suena.

---

## LIV.

Un sueño me ha trasladado  
A un castillo gigantesco,  
Donde, entre tibios vapores  
Y fulgores y destellos,  
Mucheumbré abigarrada  
Invadía con estruendo  
El laberinto confuso  
De ricos compartimientos.  
Buscaba la turba pálida  
La salida, con anhelo,  
Retorciéndose las manos  
Y con angustia gimiendo.  
Se mezclaban con la turba  
Las damas y caballeros,  
Y yo mismo me vi pronto  
En aquel tumulto envuelto.

De pronto me encontré solo,  
Y me pregunté en silencio  
Cómo pudo aquella turba  
Desvanecerse tan presto.

Corrí; crucé desalado  
 Intrincados aposentos  
 Que á mi vista se extendían  
 En laberinto siniestro.  
 Eran cada vez mis pasos  
 Más pesados y más lentos;  
 Invadía helada, triste,  
 Fría angustia mi cerebro,  
 Y de hallar una salida  
 Ya dudaba en mi despecho.  
 Veo al fin la última puerta  
 Abrirla anhelante intento;  
 ¿Mas quién ¡oh Dios! me detiene  
 Cuando salvarme deseo?

Era mi amada, que estaba  
 Ante la puerta en silencio,  
 Con el suspiro en los labios  
 Y en la frente el desconsuelo:  
 Volví hacia atrás, que me hacía  
 Su mano signo siniestro;  
 Pero ¿era aviso ó reproche?  
 No podía comprenderlo.  
 Brillaba en sus claros ojos  
 Tan dulce y amante fuego,  
 Que aceleró sus latidos  
 Mi corazón en el pecho.  
 Y mientras que me miraba  
 Con aquel aire severo,  
 Mas tan lleno de dulzura  
 Y amor, me encontré despierto.

## I.V.

En noche fría y triste, paseaba  
 Por el bosque sombrío mi tristeza,  
 Y el árbol que á mi paso despertaba,  
 Compasivo inclinaba la cabeza.

## LVI.

Yacen bajo la tierra los suicidas,  
Al final de la negra encrucijada,  
Y allí crece una humilde florecilla,  
La flor azul del alma condenada.

Era la noche silenciosa y muda;  
Llegué á la encrucijada suspirando;  
Ante el fulgor de la amarilla luna  
Aquella flor azul miré oscilando.

---

## LVII.

Me envuelve la sombra oscura,  
Desde que tus ojos bellos  
No alumbran con sus destellos  
Mi camino de amargura.

Del amor y la alegría  
No veo el astro brillante;  
Tengo el abismo delante;  
Trágame, noche sombría.

---

## LVIII.

Plomo en mi boca, en mi pupila sombra,  
 La mente entorpecida,  
 Y el corazón cansado,  
 En el fondo de un féretro gemía.

Después de haber dormido mucho tiempo,  
 Se despertó mi alma.  
 Me pareció que oía  
 Alguno que á mi tumba se acercaba.

—«¿No quieres levantarte, Enrique mío?  
 El día eterno brilla,  
 Los muertos ya se alzaron,  
 Comienza al cabo la perpetua dicha.

—No puedo levantarme, amada mía;  
 Mírame bien, soy ciego;

Tanto por tí he llorado,  
 Que al fin mis ojos se quedaron secos.

—Enrique, con mis besos, de tus ojos  
 Ahuyentaré la noche;  
 Es preciso que veas  
 Los ángeles y el cielo y los fulgores.

—No puedo levantarme, amada mía;  
 La herida que tu lengua  
 Abrió en mi pecho amante,  
 Aun mana sangre y permanece abierta.

—Sobre tu corazón tan sólo, Enrique,  
 Apoyaré mi mano.  
 No manará más sangre;  
 De aquella herida quedarás curado.

—No puedo levantarme, amada mía:  
 Tengo herida la frente;  
 Una bala de plomo metí en ella  
 Cuando me enloquecieron tus desdenes.

—Enrique, con los bucles de mi pelo  
 Yo cerraré tu herida,  
 Restañaré tu sangre  
 Y volverá á tu pecho la alegría.»

No pude resistir; era tan dulce  
 La voz que me llamaba,  
 Que quise levantarme

Y correr al encuentro de mi amada.

Y se abrieron de pronto mis heridas,  
Y la sangre mis sienes y mi pecho  
Anegó en turbulentas oleadas,  
Y desperté llorando de mi sueño.

EPÍLOGO.

Enterrar quiero mis cantos,  
Quiero enterrar mis quimeras;  
Féretro insondable quiero,  
Fosa necesito inmensa.

Ha de guardar muchas cosas  
El ataúd bajo tierra;  
Quiero que tenga más fondo  
Que el tonel de Heidelberga.

Buscadme féretro duro,  
De planchas fuertes y espesas,  
Aun más largo que el gran puente  
Que hay sobre el Rhin en Magencia.

Y buscad doce gigantes  
De más vigor y más fuerza  
Que el enorme San Cristóbal  
Que hay de Colonia en la iglesia.

Que lo arrojen al profundo  
Seno de la mar inmensa;  
Que tal ataúd, tal fosa  
Es necesario que tenga.

¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso  
Que enorme el féretro sea?  
Porque en él enterrar quiero  
Mis amores y mis penas.

EL MAR DEL NORTE